



Discurso del Presidente del Consejo FRANCISCO LARGO CABALLERO

pronunciado en la sesión de Cortes celebrada en Valencia
el día 1.º de Febrero de 1937

«En cumplimiento del precepto constitucional, el Gobierno se ha presentado a las Cortes para que vosotros sancionéis, con vuestros votos, la gestión realizada desde la última reunión del Parlamento a la fecha de hoy. Nuestra gestión está en esos decretos, en esos dictámenes que han pasado a las comisiones y que se han sometido a la consideración de la Cámara; pero me creo obligado a decir algunas palabras, además de la gestión que en esos dictámenes va expuesta, sobre algo particularmente especial, que estimo que la Cámara no debe desco-

nocer. Aunque en la política general de todos los países, sobre todo en las cuestiones de carácter internacional, suelen sustraerse estos asuntos al conocimiento del Parlamento, hay aquí una cuestión de la que os quiero dar cuenta, aunque sea muy sucintamente. Me refiero a las comunicaciones dirigidas al Gobierno por el Comité de No Intervención en el aspecto del control; y como saben los señores diputados, tiene por objeto que los signatarios del Convenio de No Intervención puedan cumplir sus compromisos y que ese control se establezca en España prohibiendo la entrada de armas y de voluntarios.

El Gobierno, en principio, ha aceptado el control, haciendo, naturalmente, la salvedad de que como Gobierno legítimo y como representante del pueblo español tiene perfectísimo derecho a adquirir armas allí donde le parezca y se las quieran suministrar. El Gobierno entiende que el control debe impedir que los que han firmado el Convenio dejen de cumplir sus compromisos; pero el derecho del Gobierno de España a adquirir armas para la defensa de la República y de la Libertad no permitiremos que nadie, absolutamente nadie, lo atropelle. Admitimos en principio ese control. Todavía está sin resolver definitivamente la cuestión, porque nos ha parecido que para establecerlo hace falta formular algunas observaciones, y que tales observaciones se tuvieran en cuenta. Son éstas: Primera, que sea un control efectivo; segunda, que nadie tenga derecho a incautarse de las armas que vengán hacia España adquiridas por el Gobierno legítimo. Se podrá pedir responsabilidad a aquellos países que las remitan, pero al Gobierno de España no se le

puede privar de aquellas armas que pueda comprar para la defensa de la República y de la Libertad. Además, en orden a los voluntarios consideramos como extranjeros a los moros de Africa, o sea, que no se entienda que los moros de Africa no son extranjeros a los efectos de control. El Gobierno, en una palabra, ha hecho algunas observaciones a la propuesta de control, que, repito, no ha pasado no tiene pensamiento de pasar. Pero queremos que ese control no se convierta, ni mucho menos, en el hecho de privar al Gobierno de los medios de defensa a que tiene derecho.

No quería yo que el Parlamento ignorase estos aspectos de tan grave cuestión, porque la considero de tal importancia para España, por las consecuencias que pueda tener, que conviene que aquí se sepa la actitud del Gobierno.

Por otra parte, tengo la satisfacción de comunicaros que en estas horas se ha establecido un ambiente de confianza tal en la victoria que nadie puede ponerla ya en duda. A pesar de todas las dificultades, vemos que aun los más escépticos y los más pesimistas han abierto el pecho a la esperanza de que el triunfo será nuestro.

Pero me voy a permitir decir al Parlamento que esa victoria, en la cual, desde el primer día, tuve absoluta confianza, esa victoria tiene que realizarse pronto. Debemos todos trabajar para que la victoria sea rápida. Un mes, una semana, un día, una hora de lucha, de guerra como la que sostenemos, tiene valor e importancia incalculable, por las víctimas y por los grandes daños económicos que a España produce. Todos debemos laborar porque la victoria sea lo más rápidamente posible realizada y lograda.

Para conseguirlo así, yo declaro que es preciso que la adhesión al Gobierno y la disciplina para cumplir los mandatos del Poder público deben ser cosas que se conviertan en realidad.

Hace falta que todos, absolutamente todos, reconozcan la necesidad de una gran disciplina y de un leal sometimiento al Gobierno, al que está hoy. Si este Gobierno no es el que satisface al país y a vosotros, en vuestras manos está el derribarle ; pero, coincidiendo con el Presidente de la República, tenéis que ratificar la autoridad del Gobierno. Todos tenéis que contribuir a que esa autoridad sea una realidad y a que el Gobierno pueda cumplir su misión como es nuestro deber y como exigen los intereses de España.

Yo soy —la mayor parte de vosotros conocéis mi condición humilde— un hombre de partido. Y dentro de mi partido, en el partido a que estoy afiliado, me permito la libertad de pensar libremente, según en él se consiente hacer a todos los afiliados. Cuando he venido aquí a este puesto, no es que haya renunciado a nada, absolutamente a nada de lo que nosotros políticamente pensamos. Lo declaro ante vosotros y ante el país entero. No he renegado, en absoluto, de ninguna de mis ideas. Pero en vista del peligro en que vivía nuestro país, originado por la sublevación militar, me consideré en el deber de asumir la responsabilidad que por el cargo es natural que tenga, dejando un poco sobre la mesa las aspiraciones inmediatas inherentes a mi ideología y a lo que yo he defendido siempre.

Pido a todos, absolutamente a todos los partidos políticos y organizaciones sindicales, que hallen una tregua en sus afanes y en sus actitudes de carácter

político; que no pensemos más que en ganar la guerra. Si la guerra no se ganase, no podríamos realizar nuestras aspiraciones de partido o de clase ninguno de los que estamos aquí. Lo primero es ganar la guerra, y para ganar la guerra, todos nosotros tenemos que unirnos: republicanos, socialistas, anarquistas y comunistas.

Todo acto que signifique querer interponerse en ciertos momentos en la acción del Gobierno, inconscientemente se convierte en un acto faccioso de ayuda al enemigo. Os pido a todos que al salir de aquí —y para eso me levanté exclusivamente— pongáis de vuestra parte lo que os sea posible para convencer a cuantos con cada uno de vosotros se sientan identificados, de que ha llegado el momento, a los seis meses de lucha, de que el Gobierno sea el que encauce y dirija la política y la economía nacionales, las iniciativas individuales o colectivas esporádicas, posibles en ciertos momentos, pero que en los presentes pueden ser perjudiciales.

Pido a todos, reconociendo la buena voluntad y el entusiasmo por la causa que nos mueve, que depositen su confianza en los que tienen la responsabilidad del Poder, para que éstos puedan implantar lo mejor posible el pensamiento del pueblo con entera libertad. Y si no interpretamos este pensamiento y esos deseos, disponed quién ha de ser el Gobierno. Mientras no lo hagáis así, en tanto no toméis la decisión de sustituirnos, tenéis el deber ineludible de procurar que este Gobierno sea efectivo. No quiero decir con esto que no lo haya sido hasta ahora; pero desde ahora en adelante es indispensable.

A los seis meses de lucha debemos alcanzar una vida nueva, y esa vida nueva debe consistir en que

los resortes del Poder estén absoluta y exclusivamente en manos del Gobierno, en el orden público, en el orden político y en el orden económico de España.

No es posible aceptar, ni siquiera por los que pensamos más radicalmente, que de una manera esporádica e individual se puedan establecer sistemas y hasta ensayos de sistemas. (*Muy bien.*)

Ya se ha ensayado bastante. Yo creo que habrá llegado ya al convencimiento de todo el mundo la idea de que esos ensayos no dan resultado. (*Muy bien.*) Es imposible. Lo dice un hombre que es socialista. Los ensayos individuales no pueden llevarnos a ningún fin práctico. Todo tiene que encauzarse y coordinarse, acertada o desacertadamente; pero ello tiene que ser obra del Gobierno, con la cooperación del Parlamento y con la de todos los partidos y organizaciones sindicales que estén a su lado. (*Muy bien.*)

Yo pido que no obliguéis a este Gobierno a tomar medidas de tal naturaleza que él repugna. Es preferible que las gentes tengan comprensión y que cada uno sepa cuál es su deber. Yo lo interpreto en el sentido de que hay un exceso de celo en todo el mundo cuando coopera; pero todos sabemos que hay en español una frase que dice: «Hay cariños que matan.»

Este Gobierno, en ocasiones, puede muy bien aplicar a sus partidarios esa frase. Hay muchos que para ayudarnos creen que deben hacer tales cosas, que para servir a sus ideologías han de realizar cuáles otras. Vayan reconociendo que habiendo un Gobierno, habiendo un Parlamento y habiendo instituciones estatales son éstos los que tienen que

marcar las normas, y son también los llamados a hacerlas cumplir. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

Yo no pido a nadie que renuncie a sus ideas. Soy el primero que no renuncia a ello, sépanlo todos ; pero lo que pido en estos momentos es que dejemos a un lado las pequeñas cosas y nos dediquemos a cumplir con nuestro deber, que todos reconocemos que en las trincheras muchos hombres han dejado su vida y muchos la tendrán que dejar aún.

Se vierte la sangre española por defender la Libertad y por defender la República, y no sería justo que la gente de la retaguardia —y hablo de todos— realizase actos que pudieran ser un obstáculo al triunfo de la República. Hagamos con toda sinceridad la promesa, y pongamos de relieve ante los hombres que luchan en la trinchera y exponen su vida, que merecemos su confianza, y que en la retaguardia nosotros no vamos a realizar ningún acto que pueda redundar en menoscabo de la tarea heroica que ellos están llevando a cabo. Que tengan esa seguridad, que ellos luchen con entusiasmo ; pero hagámoslo también en otros sitios, y cuando hayamos triunfado —que tengo el convencimiento de que triunfaremos—, ¡ah!, entonces quedaremos todos en completa libertad para que se pueda realizar aquello que el Presidente de la República dijo en su célebre discurso : que España se dará las instituciones políticas, sociales y económicas que la mayoría del país diga. (*Muchos y grandes aplausos.*) A eso hemos de tender todos después, a obtener la mayoría, y el que venza hará triunfar sus ideas.

Ahora, por a... nuestras ideas y en aras de algo que está por encima de nuestras ideas, debemos permanecer unidos.

La guerra nuestra, ya lo dijo el Presidente de la República, no es ya una guerra civil, es una guerra de independencia de España. Los socialistas y los comunistas, internacionalistas, o quienes tanto se ha acusado de ser antipatriotas, ya habíamos dicho muchas veces que cuando llegase el momento habríamos de defender con tanto entusiasmo como el primero el suelo español, lo que se llama la patria. (*Muy bien.*) La prueba la tienen ahora todos. Nadie tendrá derecho a decirnos a los internacionalistas que no somos amantes del suelo en que hemos nacido, y ese amor al suelo en que hemos nacido nos obliga a no permitir que venga ningún extranjero, ni ningún país extranjero a asaltar los que son nuestros.

Terminos que... todos unidos y con esa unión... triunfo que, como digo, para mí es tan seguro que no me ofrece ninguna duda. Ahora, lo que yo quiero y deseo y el Gobierno también es que todos contribuyamos a que este triunfo sea logrado en el plazo más breve posible.»

(*Todos los diputados, puestos en pie, tributan al presidente del Consejo una ovación clamorosa y prolongada, a la que se suma el público de las tribunas.*)